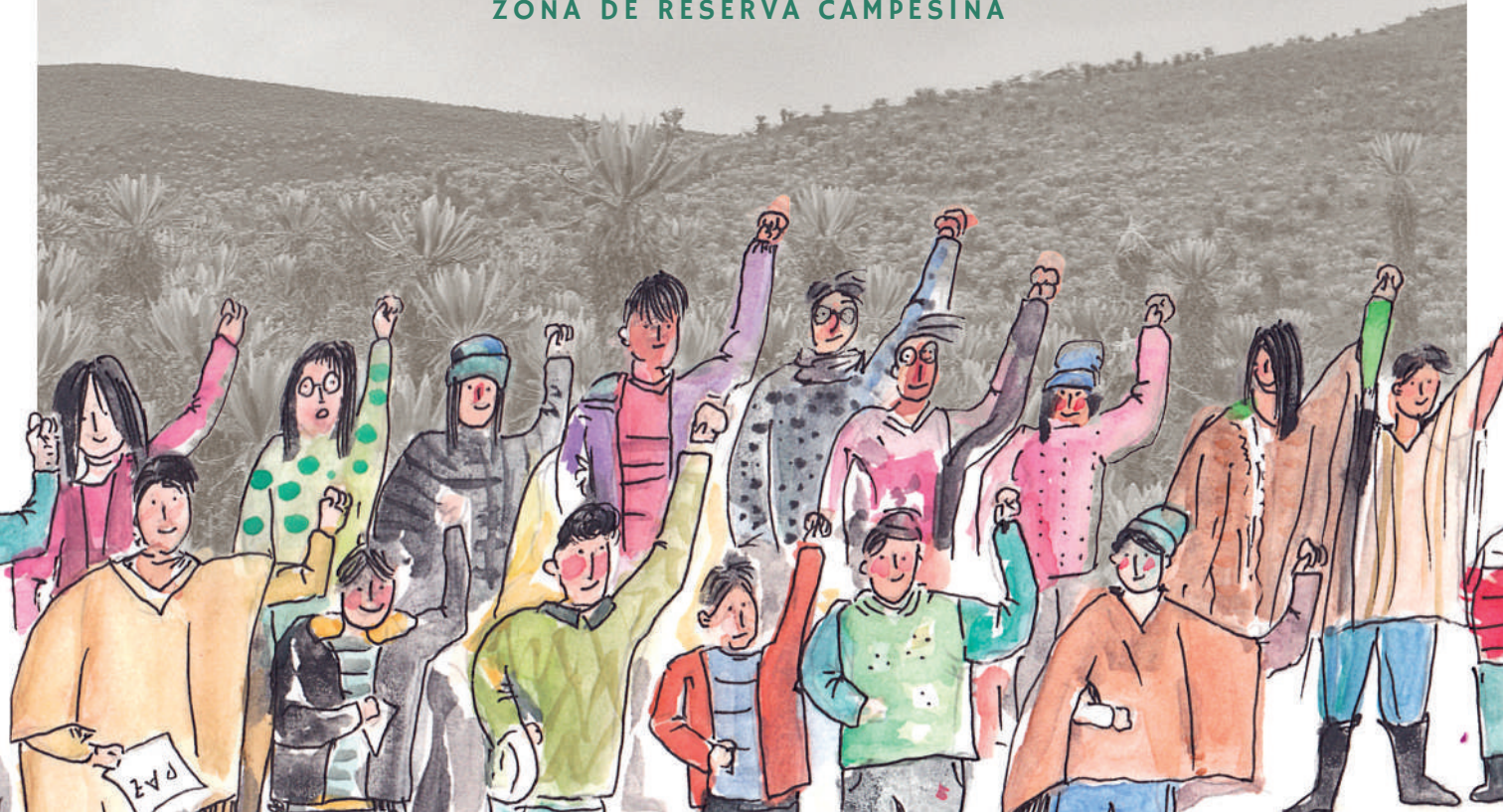


SUMAPAZ

ZONA DE RESERVA CAMPESINA



SUMAPAZ

ZONA DE RESERVA CAMPESINA

LOS CAMPESINOS SUMAPACEÑOS SIEMPRE LE HAN PERTENECIDO AL PÁRAMO

La vida cotidiana de los sumapaceños está enraizada en un territorio que han construido como propio a través de intensas luchas por sobrevivir los embates de la guerra y las decepciones de la Revolución Verde. “Los sumapaceños siempre le hemos pertenecido al páramo” y por esto la historia organizativa y las luchas del día a día de mujeres, hombres y niños son las que construyen el territorio del Sumapaz. La Zona de Reserva Campesina y los esfuerzos porque sea reconocida estatalmente provienen de muchos sumapaceños que tratan de aprender de las experiencias de las abuelas y abuelos en el pasado, de reinventar mejores formas de cultivar y de resguardar las relaciones que buscan el bienestar tanto del páramo como de sus habitantes. La Zona de Reserva Campesina del Sumapaz tiene muchas caras y muchas historias enraizadas con la vida de los chircos, frailejones, plantas aromáticas, curies, aguas, suelos, abejas, conejos y vacas.



“YO POR LA PLATA NO MANDO”

Don Carlos mira con recelo. Hace muchos años dejó de creerle a los agrónomos y decidió hacerle caso a su instinto y su relación con los suelos, las aguas y el páramo. Lleva alrededor de veinte años trabajando la agroecología en su finca. Don Carlos enterró en su finca un cacho de vaca relleno de “milhojas” para tener prosperidad. Esa prosperidad no ha sido el dinero. Para él, ha sido algo más importante: el mantenimiento y el cuidado de las semillas ancestrales de papa -como la tocarreña, la salentina y la corneta- y las plantas medicinales -como la altamisa, el chupahuevo, la mano de león y el hinojo.

Él reconoce que las plantas son la pureza de la vida, por eso les habla y las cuida para que no estén tristes. También sabe que los animales son su familia, pues pasa el tiempo jugueteando y conviviendo con ellos o regañándolos. Habla sobre sus palomas y aquella mensajera que

le enviaron de regalo desde Bogotá y que aún conserva su marca en una patica. Por eso, no trabaja por la plata y siente la agroecología como una forma de responder a su amor y cariño por la tierra. Cada paso que hace para trabajar la tierra es una forma de cuidarla, pues sólo utiliza abonos orgánicos, arboriza las rondas de las quebradas y cerca las fuentes hídricas. Si alguien le pregunta por los insumos químicos, se enfurece y dice que son una pérdida de respeto por la tierra y que si el objetivo de ser campesino es hacer plata entonces “¿en qué estamos?”. Él prefiere sembrar pa’ comer y se siente feliz de trabajar diariamente en su huerta. Si por él fuera, todo el Sumapaz debería implementar la agroecología y rescatar lo que decían los viejos: “quien no tiene huerta no es nada ni nadie”.



A CADA PLANTA CON SU SURCO

Doña Elsa siempre ha cuidado sus semillas. A principios del 2000 recibió una capacitación en seguridad alimentaria, le entregaron varias lombrices y aprendió cómo cultivar de manera orgánica. Desde entonces, cultiva todas las semillas que le pueden proveer alimento: cubios, ibias, papas, habas, fresas, uchucas, lechugas, tallos y espinacas. Esas semillas las cuida como si fueran sus hijitas: las abona con ceniza y lombricompost; las limpia; les quita las plagas con cal y caldos de ají.

Ella sabe que la agroecología es buena para asegurar una alimentación sana y proteger los recursos. Dice que “toca no desperdiciar nada” y recicla casi todo lo que encuentra. Abona la tierra con desechos de la cocina, estiércol de las vacas y carbón de su fogón; siembra las plantas en cada recipiente que encuentra. Recuerda que de una carretilla vieja sacó

una cosecha de zanahorias y de una caneca sacó la cosecha de lechugas.

Pero cree que una huerta agroecológica sólo prospera si hay orden. Para ella, uno no puede sembrar a la loca, sino que cada surco, o sección, le debe pertenecer a una semilla específica: uno a la remolacha, otro a las cebollas y así. Y eso sólo puede cambiar si hay complementariedad entre las plantas. Por ejemplo, el cilantro se puede sembrar en los surquitos de otras plantas porque sale ligerito y no daña el crecimiento de las demás. La caléndula también se puede sembrar hacia las orillas de las papas porque el olor repele a los bichitos que se le pegan a los tubérculos. Por esos conocimientos y prácticas, la huerta de doña Elsa se ve tan organizada que ha ganado varios premios; ella se enorgullece de ser un ejemplo de una mujer sumapaceña que sabe usar sin miedo un azadón y hacer de su casa un jardín.



EN LA DIVERSIDAD ESTÁ EL CUIDAR Y MANTENER

La finca de Misael y Deisy es admirada por muchos: sus alisos, curíes, conejos, codornices, flores, y el famoso toro Sonoro son reconocidos en las veredas de San Juan, Santo Domingo y Santa Ana. Sus esfuerzos por construir una finca bella y muy diversa, entre árboles, flores y animales, son también toda una apuesta ambiental.

Desde hace varios años están haciendo cercas vivas y se dedicaron a sembrar alisos y amargosos para las medianías de la finca, tratando de enriquecer los suelos y evitar la tala de árboles. También hay pinos romerones pero no se encuentran pinos foráneos porque según Misael “esos árboles son como la oligarquía colombiana: todo para ellos y el resto que se mueran”. Si uno mirara la finca de Misael y Deisy desde arriba podría verse como un tablero de ajedrez con unos cuadros

cuidadosamente marcados por las divisiones de los árboles. ¡Da gusto recorrer la finca y ver las cercas vivas que adornan y protegen el agua!

Pero la importancia de esa finca va mucho más allá. Misael suele decir que para respetar la naturaleza, la producción tiene que ser tan diversa como la naturaleza misma. Y su finca es un fiel reflejo de eso. Hay vacas para la leche, codornices para los huevos, curíes y conejos para la carne, una huerta para las hortalizas y los tubérculos, y una compostera para hacer abonos orgánicos. Cada actividad que se realiza aporta a la economía familiar pero también a explorar mejores alternativas de soberanía alimentaria para el Sumapaz. Deisy y Misael insisten en la importancia de producir el alimento propio y evitar las actividades extensivas de ganadería o de cultivos de papa. La riqueza del Sumapaz y de su gente está en la diversidad de sus fincas, oficios y su comida.



EL CONVITE

El convite es un espacio en el que se convida a los vecinos, se trabaja en conjunto y, sobre todo, se es solidario. El 9 de noviembre de 2017 se retomó la idea de revivir los convites. Para esa fecha, muchas familias estaban intentando cambiar las formas de producción de sus fincas pero de manera individual. Así que la profesora Laura Wilches animó a Gilberto Riveros para iniciar jornadas de trabajo conjunto en las que se pudiera intercambiar el trabajo para el beneficio comunitario y no sólo individual. Hoy son ocho las familias que trabajan y se apoyan mutuamente en una finca diferente todos los miércoles. La idea es que cada familia pueda aportar fuerza y solidaridad para ayudar a que la producción agroecológica mejore en cada una de las fincas. Se realizan tareas como: arborización, preparación de suelos, siembra y recolección, cercado de fuentes hídricas y construcción de invernaderos.

Según varios de los miembros del convite, la producción agroecológica requiere de un mayor esfuerzo. Hay que cuidar mucho más las plantas y los suelos, desyerbar, preparar “caldos” contra las plagas, y estar mirando todo el tiempo el crecimiento y los cambios de las aguas, los animales y las siembras. Con la mal llamada Revolución Verde, se dejaron de lado las enseñanzas de los viejos, se cambió el cariño por el páramo y nació uno de los enemigos más temidos por los campesinos: la dependencia. Una dependencia no sólo a los agroquímicos sino también a los conocimientos y estrategias desligadas de la historia y el sentir de los sumpaceños. Hasta hoy el convite sigue en pie y sus miembros esperan que el modelo se replique como una forma de trabajo colectivo basada en el apoyo mutuo y el aprendizaje práctico atado al territorio.



DE CÓMO SER SOBERANOS

El campo le enseña a uno mucho: las ganas de cultivar, la belleza de ver nacer la papa, de ver crecer los cultivos y al mismo tiempo a la familia. Pero a veces nos equivocamos por la avaricia y por las ansias de cosechar 10, 20 o hasta 40 cargas de papa. Yo aprendí mi lección, explica Gerardo, porque la decepción no da espera “la revolución verde sólo da pérdidas, estrés, desilusión para toda la familia, y se le va a uno la libertad”. La libertad cuando se trata de hacer crecer una familia en el Sumapaz, como es el caso de Dora y Gerardo y de muchos más, es una mezcla de trabajo duro, de goce por conocer los suelos, las plantas y animales que se cultivan, y de perseverancia por ser soberanos. “Si me pregunta qué es lo que más valoro de mi finca y de la vida aquí es esa búsqueda por ser soberanos: a mí me gusta aprender y seguir sembrando la papa, las habas, el cebollín, tener

mis peces, curies, conejos, las hierbas y cuidar el aliso, el mortiño y el chirco, que mi familia aprenda y busque su propio camino”. Poder abastecerse, diversificar la finca, sostener y buscar el sustento de la familia y de la finca son maneras de proteger el territorio.

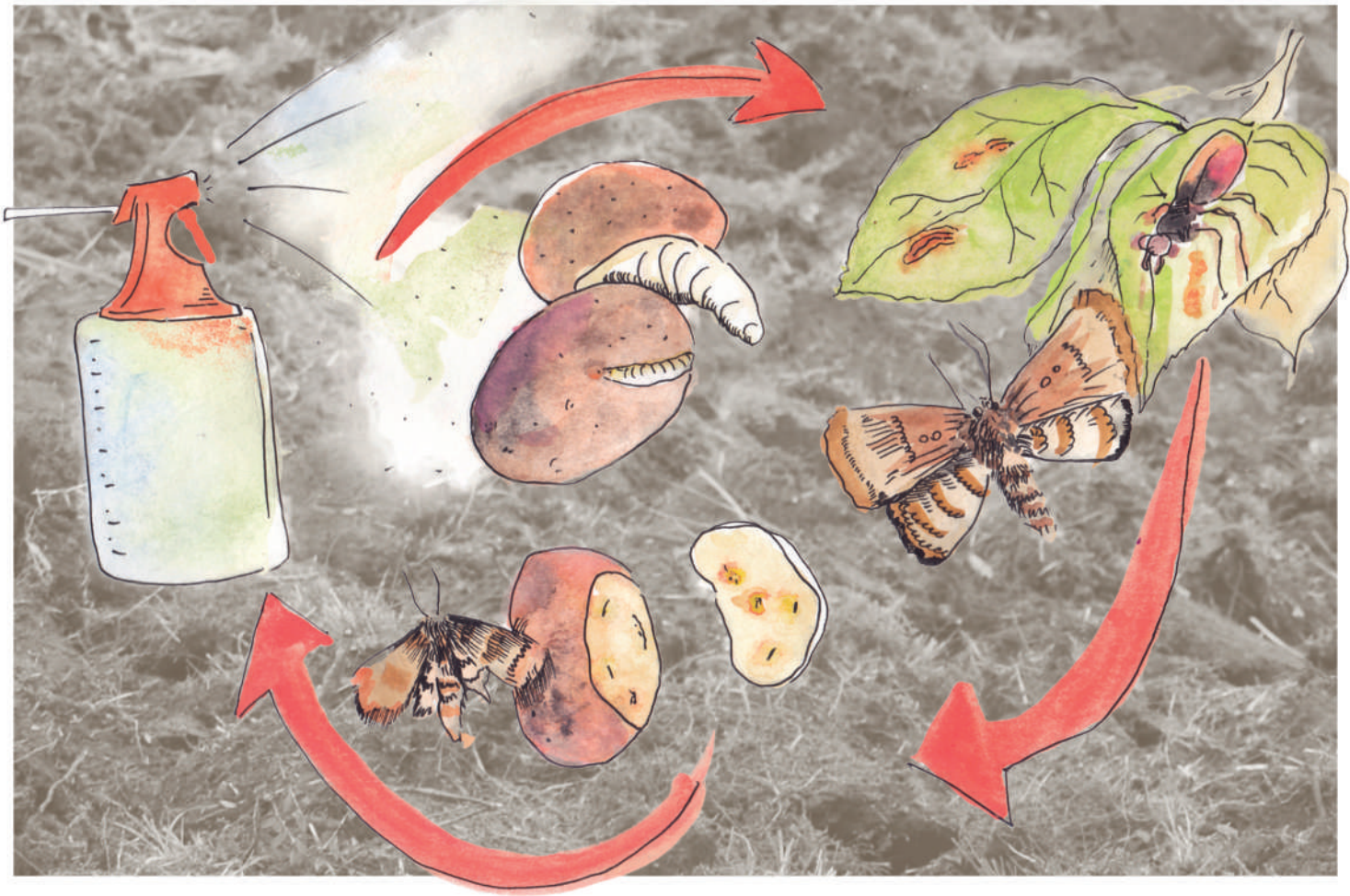
Gerardo y su esposa, la señora Dora, reconocen que la agroecología ha sido el mejor camino andado durante los últimos años, pues también les ha permitido cuidar la familia. Cuando Gerardo pensaba en sembrar más y más papa, la familia vivía momentos difíciles, y a cada uno sólo le preocupaba irse por su propio lado. Ahora, tienen alegría y unión trabajando por el bienestar de todos y de la finca misma. Este proceso ha sido una forma de superar el egoísmo y acrecentar el amor en la casa: ¿qué más se le puede pedir a la vida?



LAS REINAS DE LA ORGANIZACIÓN

Nohely, después de hacerle unos remiendos a su traje para que ninguna abeja pueda atravesarlo, se pone sus guantes, los aprieta con cauchos en los antebrazos, y prepara el ahumador para extraer la miel, el néctar y el propóleo de sus panales. Antes de entrar a su criadero apícola, Nohely le mete aserrín al ahumador, y comprime el fuelle hasta que sale una nube de humo blanco y denso. Él sabe cuál es su colmena más mansa, que es la que pueden conocer los visitantes, y cuál es la más agresiva. “Hola mis reinas, mis hermosas niñas. Qué pena las interrumpo, no me demoro. Voy a sacarles un poquito de esa miel pura y deliciosa”. Con la nube de humo, las abejas vuelan con menos rapidez, se “emborranchan”; algunas se paran sobre el traje de Nohely, intentando atravesarlo. Detrás de la careta, se oye el zumbido constante de las abejas, que también caminan sobre la malla del traje de Nohely.

Él retira cuidadosamente los cajones de los panales, con la precaución de no aplastar ninguna abeja, y con una espátula va extrayendo su producto. “Nosotros tenemos mucho que aprenderles a ustedes, mis reinas. Yo todos los días vengo y las miro, y me doy cuenta que ustedes saben cuidar lo que producen. Dan la vida por eso. Si uno viene aquí a quitarles lo que les pertenece, ustedes se lanzan a picarlo a uno. Y cuando una abeja pica, pierde su aguijón, y muere. ¡Cómo le sirve al Sumapaz tenerlas a ustedes de ejemplo, dando la vida por su trabajo y su territorio!”.



AL SUELO LE DUELE MÁS EL REMEDIO QUE LA ENFERMEDAD

Antes sólo aparecían el gusano blanco y la gota. Los abuelos nos enseñaron que el gusano blanco desaparecía si uno le aplicaba cal y ceniza al suelo. La gota tampoco daba mucha lidia, pues sólo aparecía en momentos húmedos de lluvia o hielo. Para evitar la gota tapábamos la papa bien tapadita y nada más. Vivíamos tranquilos porque no teníamos miedo de que los cultivos se dañaran por las plagas.

Después de los sesenta para acá ha sido otro tema. Uno iba a Bogotá y le recomendaban muchos químicos para “sanar” la papa. Pero con los químicos empezaron a aparecer otras cosas, como el gusano tostón, que se mete en las venitas de la hoja y daña la papa. También se empezó a ver más el gusano blanco y la gota. Aquí todos empezaron a utilizar abonos químicos y plaguicidas, y eso es un veneno para el suelo. Esos químicos son tan fuertes que

matan todos los nutrientes de la tierra, entonces el suelo y la papa quedan al desnudo, sin defensas para nada. Yo digo que daña más la cura que la enfermedad.

Después apareció la polilla guatematelca. De un momento para otro aparecieron unos nubarrones de mariposas revoloteando. Uno pensaba que eran inofensivas hasta que picaron la papa. Esa polilla es tan mala que le puede dañar a uno todo un siembro. Nosotros sabemos que esa plaga llegó con las semillas y químicos que traían de Bogotá. Es que a las empresas les sirve crear enfermedades pa’ vender remedios: como si yo le dijera que para curar un malestar sumercé tiene que meter la cabeza en agua caliente y después en agua fría; pero cuando saque la cabeza ya le tengo un remedio pa’ la gripa. Así mismito pasa con los químicos: con la cura llega la enfermedad.



¡EL NOVENTA FUE TERRIBLE!

En el noventa entró el ejército y hubo una persecución muy verraca contra los campesinos. Aquí no iban por una persona sino por una vereda entera. Hacían capturas masivas y se llevaban para Bogotá los camionados de gente. En Vegas capturaron a toda la gente de la vereda. A varios compañeros los humillaron y capturaron con cargos falsos. Es que ni siquiera se los llevaban con órdenes de captura; utilizaban unas órdenes de batalla con las que decían que los campesinos supuestamente eran colaboradores de la guerrilla.

A las tropas las soltaban y las dejaban hacer lo que quisieran: amedrentar, humillar, capturar. ¡Nos molestaban por cosas que usted ni se imagina! A partir de 1991 restringieron las remesas para Sumapaz: toda la comida que uno traía de Bogotá tenía que ser contadita. El ejército decía que era una medida para contener a la guerrilla pero ni siquiera

dejaban pasar los alimentos del restaurante del colegio; parecía más una iniciativa para desabastecer a la población y obligarla a salir del páramo.

Hasta la literatura nos la controlaban. Nos cogían en el camino y nos requisaban. Cada escrito que uno llevara, debía explicar por qué lo llevaba y cuál era el tema principal. Si uno llevaba literatura roja... ¡Ay! Nos tocaba tragarnos o quemar el semanario Voz. Es que a muchos campesinos les encontraron el periódico en el bolso y los maltrataron. ¡Imagínese cómo eran esos verracos! Muchas de las bibliotecas familiares se escondieron entre el monte y se pudrieron. La biblioteca de mi casa quedó en una cueva porque a mi mamá le dio mucho miedo conservar mis libros de Marx. Por eso los clásicos del pensamiento y los poemas de Brecht se llenaron de moho en el monte. El noventa fue terrible.



EL PUEBLO QUE EL COMBATE SE LLEVÓ

La Cuncia era un pueblo, más grande de lo que hoy es San Juan o La Unión. En los cincuenta se cultivaba trigo y cebada, y había mucha prosperidad. Había unas ferias grandísimas: venían mercaderes de Pasca, Fusa, San Bernardo y Villeta con plata para comprar papa y trigo o para intercambiar productos. Aquí había una iglesia, un comando de policía, un sacatín -de donde sacaban chirrinchi-, una casa cural, casas de dos pisos embalconadas y una plaza de toros. El pueblo era como un gran cuadrado con un quiosco en el centro que tenía los almacenes de ropa, los restaurantes y las fondas.

La policía de ese entonces era goda y mala y perseguía mucho al campesinado. Pero los campesinos se habían organizado con la ayuda de Juan de la Cruz Varela y muchos se habían armado. Y el pueblo lo quemaron por un combate. ¡Sí, lo quemaron el tres de mayo del 53! El tiroteo

comenzó como a las tres de la mañana. Los campesinos rodearon el pueblo para atacar el comando de policía. Y empezó esa plomacera. El combate fue a punta de fistos y duró tanto que la gente mandaba a los niños desde las fincas a que llevaran arepas y dulce para los campesinos que estaban atrincherados.

Los policías estaban dominados y decidieron quemar el pueblo. Le prendieron candela a todo y mucha gente tuvo que salir corriendo. Por eso es que usted hoy en día ya no ve nada de lo que había antes. Ni siquiera quedan muchas ruinas, sólo los muros del restaurante y la casa cural, pero sí muchos recuerdos. La mayoría de la gente se fue y nunca volvió. Hoy La Cuncia no es ni la sombra de lo que fue.



VN 19

TODO A SU DEBIDO TIEMPO

Rogelio es un tipo inquieto. Zapatea constantemente cuando está de pie. Tal vez le gusta trabajar la tierra para no quedarse quieto. Ha trabajado desde los siete años cuando fue la primera vez al Duda y llevaba las cocas del almuerzo y el guarapo. Como él, muchos campesinos sumapaceños han viajado en mula por las trochas hasta El Duda (Meta), pues allí han trabajado como jornaleros los primeros meses de cada año en la agricultura de frijol y arveja. Rogelio ha recorrido este trayecto muchas veces y nunca se ha quejado de las nueve horas de camino porque ha aprendido a trabajar la tierra con sus debidos tiempos.

A la agricultura también le imprime amor, cariño y respeto. No le gustan los químicos porque cree que dañan la tierra y la comida. Por eso no usa abonos químicos ni matamaleza; prefiere abonar la tierra con gallinaza o “cagazón” de conejo. Tampoco le gustan los venenos

porque contaminan mucho, así que mata las plagas con orina de conejo. Siembra cada mes para tener papa todo el año y siembra las variedades que ya muchos dejaron perder: pastusa antigua, argentina colorada, naranja y bandera.

No le interesan las semillas más grandes y que cosechan más rápido, pues el sabor le parece feo. Le gusta escoger la semilla propia pa’ tener comida sana y no dejar acabar la variedad. Rogelio selecciona la papa con cuidado: en un bulto va separando cada papita, para las semillas escoge las más bonitas, redonditas y con más “ojos”; en otro bulto echa las que se ven “planchetas” o “chiruditas”. Siempre recuerda que su “papi” duraba hasta un día entero escogiendo la semilla. Él cree que la agricultura no es para enriquecerse sino para mantener las tradiciones y los hábitos de una vida sin afanes.



¡LAS MUJERES AL PLANTÓN!

“Doña Toña, ¿cómo amaneció? ¿Ya está lista para el plantón?”

“Sí señora, pero ¿no ve que me tocó limpiar la huerta? Hoy me amaneció percutida porque las gallinas se le metieron.”

“Yo por eso me pegué un madrugón esta mañana: hice aseo, alisté a los niños para el colegio, y hasta preparé el queso para compartir en el plantón.”

“Yo voy a llevar esta cuajada y unas arepitas de maíz que ya me pongo a hacer”.

“Bueno, entonces me voy adelantando, pero usted llega porque llega. ¡Mire que la que convocó esta vez fue una compañera! Pa’ que no suba tanto turista a la laguna de Chizacá. Sumercé sabe que ellos botan basura y contaminan el agua que les llega hasta sus propias casas.”

“Sí claro, allá nos veremos. ¿Será que María va a ir?”

“Ojalá que sí, pero usted sabe que a veces el marido no la deja salir, que porque tiene que cuidar la finca, las reses.”

“¡Por eso es que una no se entera de lo que pasa! Por eso se nos dificulta participar, pero no es porque no queramos.”

“¡Eso sí! Bueno, camine que se le va a hacer tarde, vamos a animar a la gente a acompañarnos en el plantón.”

La organización de mujeres en Sumapaz tiene varios años, casi los mismos que el Sindicato. Las veteranas van dejando su puesto y las hijas se van integrando. En cada vereda hay iniciativas diferentes: a veces son proyectos productivos que benefician a las mujeres, y a veces son pronunciamientos como el plantón del 2017. A pesar de que, en ocasiones, los oficios del hogar o la autoridad de algunos hombres impidan que las mujeres participemos, eso no quiere decir que dejemos de luchar por Sumapaz.



LOS LÍDERES DE LOS COLONOS

Hace más de un siglo, Sumapaz era una gran hacienda, y los campesinos trabajábamos como siervos de la tierra. La organización aquí era necesaria: el páramo nos habría tragado enteros, y nunca nos habrían reconocido lo que nos pertenece. Erasmo Valencia fue la primera cara de la lucha campesina. Oriundo de un pueblo de Risaralda, Valencia llegó a estas tierras y gestionó la creación de la Asociación Agrícola de Sumapaz en 1928. Con esta organización, Valencia, aunque tenía formación militar, incitó a los campesinos a que, a través de vías legales, se reconocieran como lo que eran: colonos de sus propias tierras.

Pero el Estado es tramposo. A pesar de los reclamos de la Agrícola de Sumapaz, el campesino seguía sin las garantías suficientes para quedarse en su territorio: llegaron los chulavitas, a defender los intereses de los hacendados y sacar a los

campesinos de su páramo. Ahí empezó la lucha de Juan de la Cruz Varela. Él vio que la lucha armada era imperativa para garantizarle al campesinado su permanencia en este territorio. Siempre que daba un discurso, Varela tenía un vaso con agua al lado, porque se le secaba la garganta de tanto hablar; nadie se cansaba de escucharlo. Cuando llegaba a algún sitio, se le abría un camino real: todos se quitaban el sombrero para dejarlo pasar. Era un líder nato.

Gracias a la lucha de Varela, el Estado y las guerrillas del Sumapaz acordaron una amnistía en 1957. Desde ese año, el campesinado ya estaba organizado para seguir reclamando por sus derechos a través de una nueva iniciativa: el Sindicato. A partir de ahí, nos reunimos todos los primeros sábados de cada mes.



LA HISTORIA DEL SINDICATO

El Sindicato comenzó a reunirse antes de que se firmara la amnistía definitiva entre el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla y las Guerrillas del Alto Sumapaz, en 1957. Los campesinos sabían que, como se aproximaba la dejación de armas de las guerrillas lideradas por Juan de la Cruz Varela, tenían que estar preparados para organizarse de otra manera. Necesitaban una figura colectiva que siguiera defendiendo la permanencia de los sumapaceños en el territorio. Así nació Sintrapaz (Sindicato de Trabajadores Agrarios del Sumapaz), y su personería jurídica fue reconocida en 1959.

Desde que se creó, Sintrapaz tenía tres propósitos. Primero, había que seguir luchando por la permanencia en el territorio de las comunidades de Sumapaz ante la continua presencia del Ejército y los hacendados que aún reclamaban la tierra como suya. Segundo, resolvía los problemas de la comunidad: si alguien se robaba una

bestia, si había riñas en espacios públicos o si había conflictos por la definición de linderos, el Sindicato entraba a hacer los debidos arreglos. Tercero, buscaban mejoras en la calidad de vida campesina, en la construcción de puestos de salud, carreteras y escuelas.

Hoy en día, los propósitos originales del Sindicato siguen vigentes, pero también se han acomodado a los nuevos retos que tiene el campesinado. Desde los 90, por ejemplo, Sintrapaz empezó a prohibir ciertas actividades productivas que eran dañinas para el medio ambiente, como la quema del páramo. En estos últimos años, el Sindicato ha apoyado el proceso de paz entre el gobierno y guerrillas para ver paz en su territorio, ha fomentado el cuidado del medio ambiente y la réplica de modelos productivos agroecológicos, y está en la búsqueda de la declaración de la Zona de Reserva Campesina, para conseguir más autonomía sobre las decisiones que se toman en el Sumapaz.



LA FUERZA DE LA JUVENTUD SUMAPACEÑA

Uno de los mayores temores de los sumapaceños es que el campo se quede sin gente. ¿Cómo va a ser que después de toda la lucha del sindicato, de la organización campesina, los jóvenes van a dejar estas tierras y coger pa' la ciudad? Claro que el trabajo en el campo es duro, uno tampoco quiere esas dificultades para sus hijos. Uno quiere que estudien, que se eduquen, que salgan adelante, pero que no olviden al Sumapaz, que se inventen algo aquí, que estén en la tierra que los crió y que les dio de comer por tantos años.

Pero eso sí, ahora se inventan proyectos de toda clase pa' que los jóvenes tengan expectativas, que no crean que aquí solo es echar azadón, sino que hay mucho trabajo pendiente por hacer. Mi nieta está en un colectivo que se llama Juventud Sumapaceña. Cada que se reúnen aprenden de las maticas, de cultivos orgánicos, de la sumapazlogía ¡de la historia de este

páramo! Dibujan, cantan, echan cuentos. Y cuando no está ahí, la nieta se va para el colegio. Allá tienen una huerta, y les han traído hasta criadero de conejos. El profesor dice que el que está aprendiendo a contar, cuenta las semillas, y el que está aprendiendo a dividir, divide los surcos para sembrar. Y así, uno cada vez ve más jóvenes que estudian, pero que no dejan el campo. Siempre hay gente que se va, eso ya no es como antes. Pero los que deciden quedarse ¡quieren mucho a su Sumapaz!



LAS NEVADAS Y LAS HIELADAS

El páramo tiene su temperamento. Cuando se emberraca, si uno no lo conoce y está haciendo alguna cosa por fuera de la casa, él lo engarrota a uno. Amanece congelado al otro día. Las nevadas son bravas. Ellas llegan y no avisan. Es de repente que uno la oye llegar, como un carro que viene con fuerza. Eso se escucha como un ventarrón, y es pura agua que baja y sube. Los cultivos se arrancan del suelo, quedan las raíces volando. ¡Se lleva hasta los tejados de la casa! Cuando llega la nevada, cae agua con viento, de un cielo que parece horizontal, porque va por todas las direcciones. Las gotas avanzan tan rápido que a usted se le corta la piel de las mejillas.

En cambio, las hieladas sí se pueden predecir. Usted siente un frío fuerte, que si usted abre la puerta, se da cuenta cuándo entra. Ahí es cuando usted dice “va a caer la hielada”. Cae hielo del cielo, pero es diferente a las pepas de granizo.

El agua de la hielada se congela apenas cae en los cultivos, y los quema. En la nevada uno hasta alcanza a salvar los cultivos, pero con la hielada sí se mueren. Los abuelos dicen que las nevadas y las hieladas llegan porque los animales las piden, que porque ellos las necesitan. El soche y el oso, ellos las llaman. Cuando uno ve águilas volando por aquí, entre las veredas, ya uno sabe que es porque arriba el páramo está emberracado, entonces ellas llegan aquí a cuidarse y no irse a engarrota. Todo eso usted lo aprende viviendo aquí, sabiendo cómo es que funciona el páramo. Por eso el que viene de afuera ni se imagina cómo es la vida aquí en el Sumapaz.



FLORECITA, FLORECITA: ¿QUIÉN ES LA MÁS BONITA?

Una buena finca campesina no tiene sólo producción de papa y ganado. También tiene muchas plantas diferentes en el jardín y la huerta. “El jardín refleja la armonía de la casa”. Por eso, algunas lideresas locales, como la señora Elsa, creen que las plantas tienen que quererse y cuidarse para mantener bien la finca. Como ella misma dice, hay que “hablarles, consentirles y darles amor”. No es extraño ver a doña Elsa corretear en el jardín con agua y abono, mientras les habla a sus plantas: “mis flores hermosas, las quiero lindas porque ustedes son la armonía”. Y eso lo hace porque embellece la casa y da tranquilidad, pero también porque construye como un “mundito”, donde las begonias, los anturios, los novios, las violetas, los tunos y el siete-cueros llaman a las abejas y los pájaros.

Otro “mundito” está en la huerta. La señora Estrella, lideresa campesina, dice

que la huerta tiene cinco partes “enraizadas” entre sí. Una es el cuidado de las plantas que garantizan la subsistencia, como las papas, las chuguas y las habas. Otra es que es un lugar donde hay plantas medicinales que brindan salud y son la “antesala para una visita al médico”. También allí se teje un mundo para los animales, pues se siembran arbustos como el sauco que sirven para la alimentación del ganado. Además, el mundito se compone de leña para satisfacer las necesidades del hogar sin dañar los bosques. Y, al igual que en el jardín, allí nace la flor de la vida, donde está la belleza y la tranquilidad de la finca. Las flores, y las plantas en general, son muy importantes. Elsa y Estrella las cuidan como si fueran parte de sus familias y para mantenerlas fuertes les cantan constantemente: “florecita, florecita: ¿quién es la más bonita?”.



¿QUÉ MÁS SE LE PUEDE PEDIR AL SUMAPAZ?

¿A mí qué me gusta de vivir aquí? Del Sumapaz me gusta todo. Me gusta ver el páramo, pero lo que es el páramo páramo, donde están los frailejones, que cuando florecen se ven llenos de pétalos amarillos. Me gusta que siempre haya agua, helada, congelada, en todas sus formas. El agua aquí es como un encanto: si usted le corta los árboles a los aljibes, ese nacimiento de agua desaparece, se pierde, y de pronto vuelve y sale en otro lado donde sí esté protegida. Eso le pasó al nevado que había aquí en el Sumapaz: como el campesino quemaba, el nevado se corrió para el Tolima. Hasta allá fue a parar.

Me gusta cuando el cielo se tolda y llegan las nevadas a cubrirlo a uno. Eso cae como una esperma que usted no se imagina, ¡la ruana le queda blanca! Uno sabe cuando el páramo está bravo porque se ven las águilas por aquí, volando bajo pa' no engarrotarse en ese frío de los picos.

Pero también hay cosas que no se saben con certeza: el páramo guarda sus secretos. Si usted va por ahí echando pata, y sabe por dónde caminar, se va a encontrar con las lagunas. Eso sí es bien bonito, las lagunas escondidas del Sumapaz.

Y cualquiera que viva aquí, le dirá que lo mejor del Sumapaz es su gente. Aquí todos nos conocemos, y conocemos al páramo. Por eso entre nosotros se respira tranquilidad. El que necesita algo, se le consigue. El campesino que crea en algo, se organiza. El daño que haya, se arregla entre toda la gente sumapaceña. ¿Qué más se le puede pedir al Sumapaz?



LA GUERRA ACABA LA NATURALEZA

Desde el 2002 empezó la última ola de violencia en el territorio sumapaceño. Los enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército eran cotidianos. Fue en el 2008 cuando se dieron unas plomaceras muy miedosas. En una de esas, una noche, yo estaba en la cocina alumbrando con la esperma cuando se escuchaban esos estruendos tan horribles. Esa noche sentí mucha zozobra porque las bombas se escuchaban aquí al ladito de la finca. En cuarenta minutos alcancé a contar ocho bombas: una cada cinco minutos.

Y al otro día había mucha destrucción. Uno miraba para arriba y no sabía si lo que había en el cielo eran nubes o aviones. Donde cayeron las bombas uno podía ver todo el desastre. Eso se rodaban los terrones por el impacto: la tierra parecía llorando unos lagrimones grandísimos. Además, al ejército no le importó dónde tiró las bombas. Esas plomaceras cayeron

encima de los cultivos y de los animales; uno veía el “ganadito” muerto después de esa noche tan horrible. Entonces yo digo que los actores armados le han hecho mucho daño al páramo.

También hay que pensar que el ejército hizo muchos campamentos donde vivían cientos de soldados que no cuidaban nada y botaban las basuras por ahí. Donde cayeron las bombas y donde “acampó” el ejército ya no hay nada de vegetación ni va a crecer nada porque la contaminación fue muy verraca. Por eso es que yo digo que la guerra acaba mucho la naturaleza. Yo no entiendo por qué dicen que los campesinos dañamos el páramo si donde ha habido cultivos se puede ver otra vez la vegetación verdecita; en cambio, los estragos de la violencia fueron muchos. ¡Los campesinos no podemos cargar con algo que no hemos hecho!



LAS REGULACIONES DEL SINDICATO

Ya todo campesino sabe que el que quema el páramo, lo está enfermando, lo daña, lo perjudica. Aquí el Sindicato no descansó hasta demostrar que eso era así. Antes de eso, a los abuelos les habían enseñado a sembrar así: usted quema el predio, le echa azadón, y luego abona con la ceniza de lo que incendió. Después, hacían los surcos para la siembra con yunta de bueyes. Pero hace como unos cuarenta años, el Sindicato empezó a concientizar al campesinado, a decirle que quemando se dañaban las maticas, los frailejones, y que había otras formas para abonar diferentes a la ceniza. La guerrilla, por su lado, también se puso a presionar y a multar al que quemara el páramo.

Después empezaron a regular la tala de árboles. Cuando se construyó la troncal bolivariana, la carretera que gestionó el Sindicato desde la década del sesenta, la gente talaba el bosque pa' vender madera

en Bogotá. Eso bajaban camiones con troncos, hasta que el Sindicato comenzó a prohibirlo también. Ya la gente empezó a ver que el agua escaseaba, entonces en vez de cortar árboles, sembraban.

El Sindicato también empezó a regular la caza y la pesca. Si uno quiere trucha, solo puede pescar con anzuelo, y si le da por cazar, solo puede hacerlo pa' tener borugo, curies o conejos pa'l almuerzo, no para tenerlo de negocio. Todas esas regulaciones ya los campesinos se las saben de memoria, y saben que el Sindicato multa al que no las cumpla.



PROCAMASU: EL NIÑO QUE HA ECHADO A ANDAR

Procamsu nació en el 2004 con 12 socios. Allí se producen lácteos y dulces desde los principios de sostenibilidad ambiental y comunitaria. Actualmente sólo continúan seis socios pero Procamsu mantiene el impulso de sostenibilidad ambiental. Los productos se hacen con leche de nueve fincas que promueven la ganadería sostenible desde la variación de la alimentación del ganado con maíz ensilado y el mejoramiento de praderas. Edward, uno de los trabajadores, dice que es necesario reducir el espacio de la ganadería para no dañar el montecito, porque sin montecito no hay agua. En esas fincas también reforestan y cercan las fuentes hídricas para proteger el agua. En Procamsu se trabaja principalmente con frutas silvestres que son nativas y no requieren de transformación de los bosques para su producción. Cada seis meses o cada año hay cosechas de varias frutas

exóticas: mortiño, uva camarona, agraz y mora. Los socios recolectan estas frutas y hacen yogures y dulces. Lo más importante es que hacen productos naturales: sin tanto químico, sin tanta vaina y sin dañar el medio ambiente. Cada producto sólo contiene leche entera, fruta, una cantidad mínima de saborizantes y el toque secreto. Esta empresa trabaja por el bienestar de la comunidad porque los socios entienden que “sin la comunidad, uno no es nada”. Reconocen que el valor agregado es el trabajo conjunto, pues todos cumplen un papel muy importante en la producción, desde la venta de leche y la recolección de las frutas hasta el tratamiento en la planta. El trabajo y los insumos de cada miembro se pagan de manera justa, y las ganancias se reinvierten. En Procamsu apenas están echando andar, como cuando un niño comienza a caminar, pero saben que vale la pena trabajar por la sostenibilidad y que deben tocar muchas puertas para conseguir lo que falta.



LA HISTORIA DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA

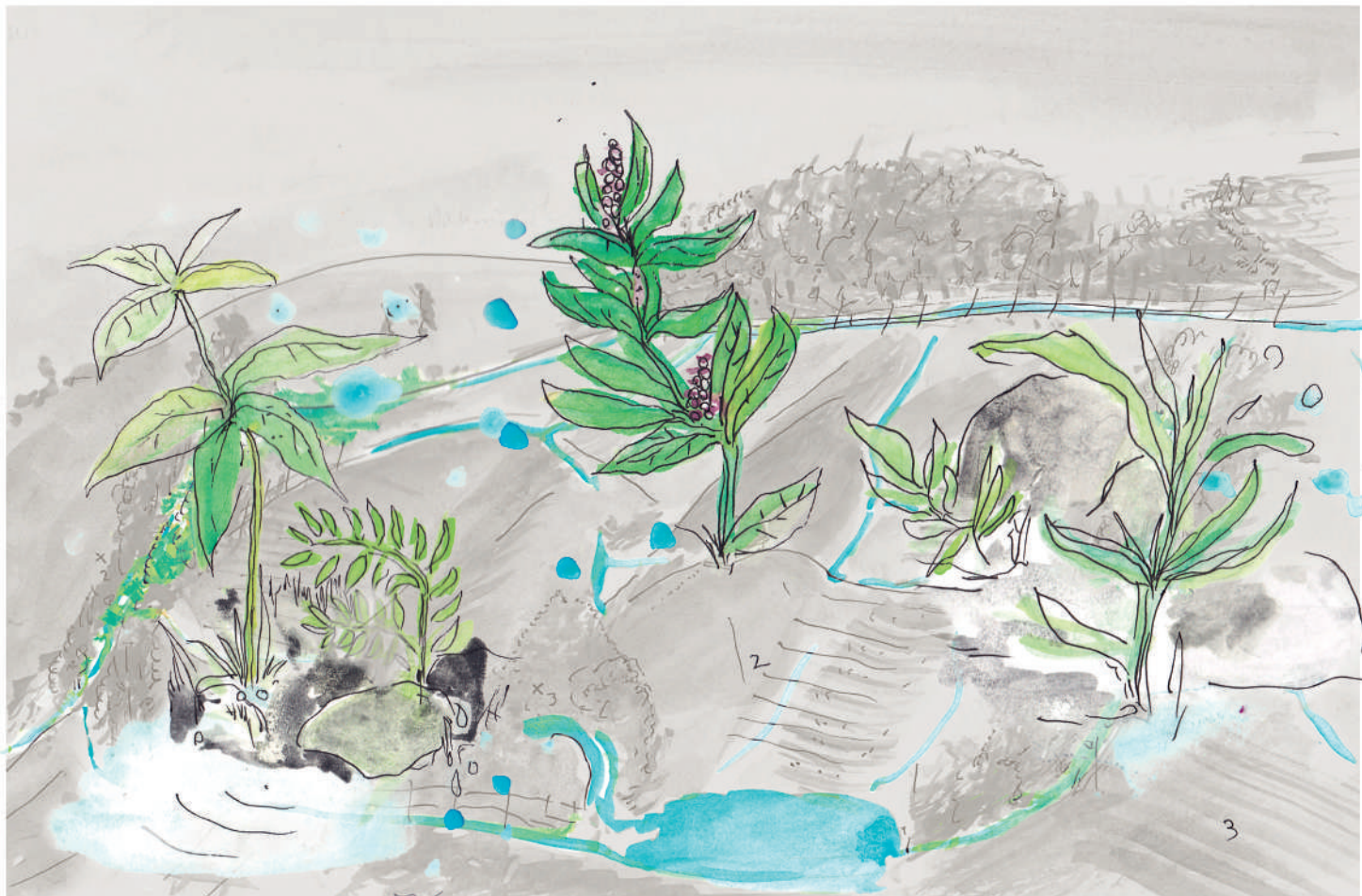
Los abuelos trabajaban la tierra a pulso, sin químicos ni maquinaria. Muchos campesinos no reconocen exactamente cómo se empezó a cultivar con químicos pero saben que los primeros abonos granulados se compraron en Fusagasugá y Pasca hace casi cincuenta años. Al principio, los viejos traían los abonos químicos después de vender la papa en esos municipios y utilizaban pequeñas cantidades.

En los años setenta surgió el auge de los químicos con la construcción de la carretera. Muchos campesinos empezaron a vender la papa en las plazas de mercado de Bogotá y allí conseguían algunos químicos. Llegaban y hacían una descripción sobre los olores, colores y texturas de la papa. Con eso, los tenderos hacían una lista para “curar la papa” del hongo o de cualquier plaga.

Parmenio, un líder local, dice que en esa época todos sembraban con químicos.

Se usaba principalmente el Manzate y el Dithane para acelerar la producción de papa y evitar la gota (hongo). En 1985 uno de los líderes de San Juan, Beto Poveda, organizó un evento con algunos técnicos de Bayer. La empresa hizo un almuerzo, regaló cerveza y dictó una charla de recomendaciones para los cultivos. En particular, incentivó el uso de los productos de Bayer -como el Cupravit- y, según Parmenio, eso aumentó el uso de agrotóxicos.

Así permaneció la agricultura hasta que se observaron algunos daños. Parmenio recuerda que una vez le cayó un poco de abono químico a una lombriz y se retorció como si estuviera quemándose. Eso lo impactó y desde el 2001 empezó a asistir a múltiples talleres sobre agroecología y sintió como si le hubieran quitado una venda, pues entendió la importancia de la comida limpia y de cuidar la tierra. Hoy en día se siente satisfecho porque varios compañeros practican la agroecología.



1

2

3

LA FINCA: UN MAPA QUE OBEDECE A LA NATURALEZA

Algunos compañeros han obedecido la lógica de que el que más tiene, más puede y más come. Y así organizan sus fincas: casi todo lo utilizan para potreros o para sembrar papa. Eso lo hacen algunas veces alrededor de los nacederos, que suelen ser zonas planas y más fértiles. Pero muchas compañeras sabemos que eso no está bien porque es utilizar y atrapar un territorio que debe ser sólo para el agua.

Por eso es que muchas mujeres hemos estado trabajando por otro ideal de finca. Creemos que lo principal es obedecer a la naturaleza. Entonces sabemos que los nacederos son sagrados porque paren el agua y la vida. Ahí tenemos que construir zonas mdrinas de protección para el agua. Esas zonas deben estar compuestas por árboles fuertes pero también por plantas medicinales y por arbustos. Puede haber plantas como el pino romerón, la árnica, el sauco

y el amargoso. Además, hay que cercar desde los nacederos hasta los chorros obedeciendo a los movimientos propios del agua.

Pero eso no es suficiente. Todos los recursos están enraizados por debajo de la tierra: los chorros, las quebradas y los ríos tienen un cordón invisible. Entonces hay que unir el agua porque es un camino que ordenó la naturaleza. Por eso se debe cuidar todos los cercados y unirlos en los cordones de oxígeno. Y esos cordones de oxígeno deben estar arborizados. Así la finca se puede volver un mapa con menor producción pero mayor reforestación y cuidado de las zonas hídricas. Eso genera más abundancia para la vida, el suelo y la familia. Y esa es una forma de cuidar desde el ordenamiento mismo de la finca; muy diferente a decirle al campesino “yo te pago y no hagas nada”.

SUMAPAZ

ZONA DE RESERVA CAMPESINA

TEXTOS

Diana Bocarejo Suescún, María Galvis Malagón y Mateo Vásquez González

DIBUJOS

Rafael Díaz Vargas

FOTOGRAFÍAS

Diana Bocarejo Suescún, Rafael Díaz Vargas y Mateo Vásquez González

INVESTIGACIÓN

Campeños y campesinas de Sumapaz, Sintrapaz
y Grupo Mutis Universidad del Rosario

DISEÑO GRÁFICO

Taller Agosto
www.talleragosto.com

